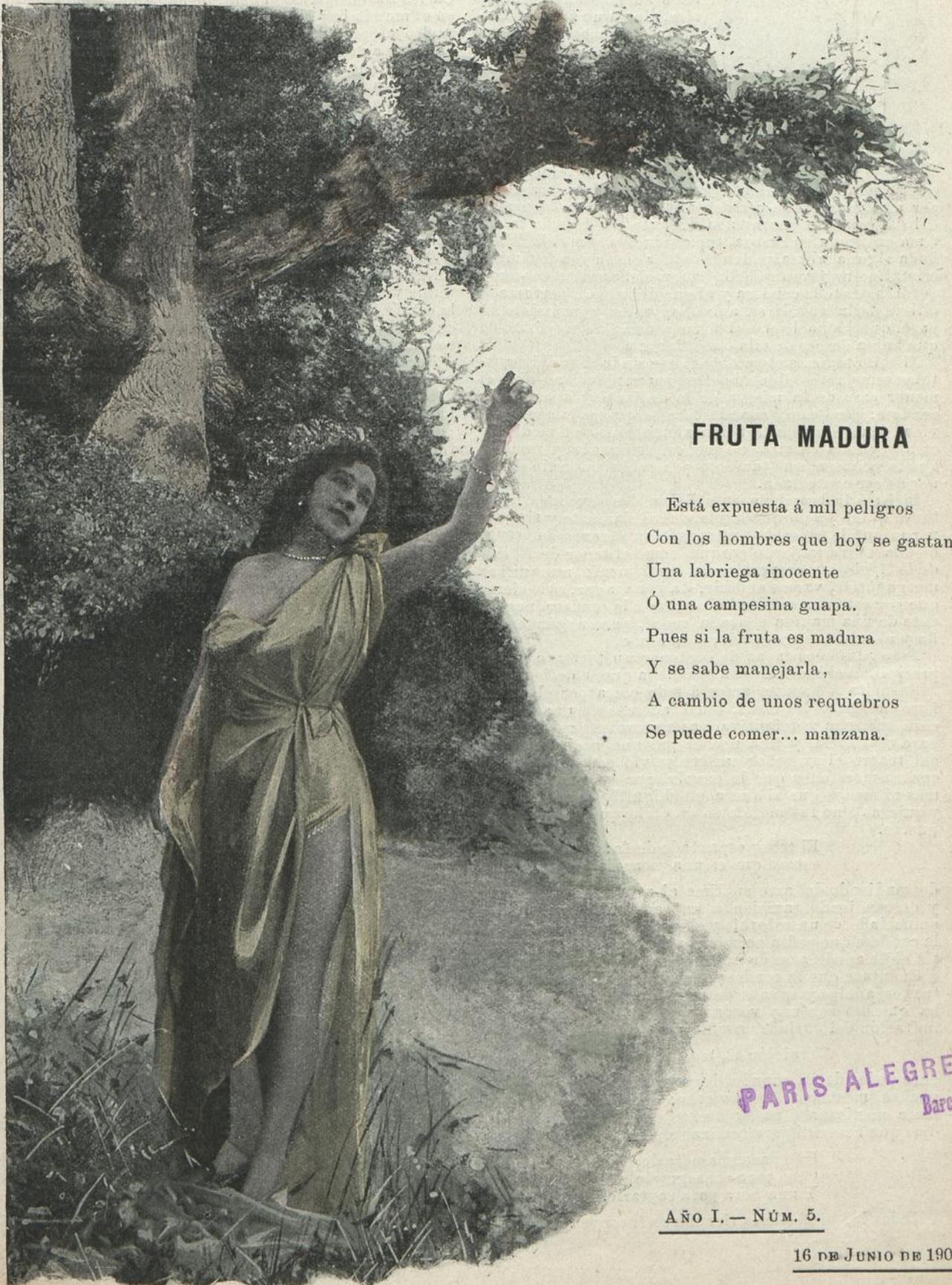


PARIS ALEGRE



FRUTA MADURA

Está expuesta á mil peligros
Con los hombres que hoy se gastan
Una labriega inocente
Ó una campesina guapa.
Pues si la fruta es madura
Y se sabe manejarla,
A cambio de unos requiebros
Se puede comer... manzana.

PARIS ALEGRE
Barcelona.

AÑO I. — NÚM. 5.

16 DE JUNIO DE 1901.

CRÓNICA



DECIDIDAMENTE, los tenores son hombres de suerte. No sólo cobran por sus gorgoritos sueldos extraordinarios, sino que á veces inspiran pasiones volcánicas en los pechos femeninos. ¡Cuántos divorcios no ha ocasionado el *Spirto gentil* y cuántas noches de insomnio no ha producido una *furtiva lágrima*...

Pero no divaguemos, como dicen en las novelas. Es el caso, que una «suculenta jamona», condesa brasileña por añadidura, que accidentalmente y para desgracia del *bel canto* se encontraba durante los días de la última quincena en Lisboa, fué conducida, por el hado sin duda alguna, al teatro donde dejaba oír su voz de timbre cristalino un joven y bello tenor, del cual se enamoró perdidamente la condesa y al que dirigió un perfumado billete declarándole su amorosa pasión y jurándole de paso, que había hecho el firme y decidido propósito de que había de ser de ella ó de ninguna.

El bello tenor, acostumbrado sin duda á recibir epístolas semejantes, lleno de olímpica vanidad, no hizo el menor caso de la misiva de la ardiente y apasionada condesa: pero como cuando bien se quiere jamás se olvida, renovó su declaración al tenorino por medio de otra segunda cartita, no menos perfumada, y rendida que la primera, que tampoco ¡oh rabia! mereció el honor de ser contestada.

Insistió la brasileña en solicitar los favores del artista, quien ya porque hubiese cándidamente y sin prever la que le esperaba, entregado su corazón de bronce ó peña á otra mujer, ó porque, como el tenor de *El dúo de la Africana*, creyese que el matrimonio, aunque sea morganático, vamos al decir, «la voz apaga», es lo cierto que por esta vez se dignó contestar á la condesa, negándose de una manera delicada, eso sí, pero negándose al fin y al cabo á corresponder á su amor.

Pero ¿quién es capaz de contener un torrente que se precipita ó el amor de una brasileña que se desborda?

Resuelta á hacerse amar á toda costa por el desdichado caballero del cisne, tomó, además de una resolución enérgica y definitiva las naturales precauciones para realizarla, y una noche, ¡oh qué noche! al salir del teatro el ruiseñor parlero se vió sorprendido por cuatro mocetones que le envolvieron en una capa, ni más ni menos que si fuera un chiquillo recién nacido, y quieras ó no fué metido en un coche que le condujo al puerto.

El tenor espantado decía:
esto sí que es una picardía,

descendiendo del arte sublime al arte del género chico y descendiendo también á un camarote, lujosamente amueblado, de un soberbio y elegante yate, propiedad de la condesa que podía permitirse tal lujo, como se permitía el de apoderarse de un tenor, sin previa contrata.

Cuéntase que la condesa, que es algo versada en letras españolas y se sabe de memoria *D. Juan Tenorio*, ha querido ser una verdadera Zorrilla y exclamar á imitación del burlador sevillano:

Traición es, mas como mía,

para poder decir, cuando llegue á arribar á aguas brasileñas, mostrando á su víctima como si fuera una cotorra mexicana ó un pajarraco canario, contando los días que necesitó para realizar su conquista:

Uno para enamorarle,
Otro para conseguirle
Y una hora para raptarle.

Todas las profesiones tienen sus inconvenientes, y la

del rapto es seguramente uno con la que no habrían contado los artistas líricos.

Pero en fin, siempre es más agradable venir á parar á un yate lujoso y despertar en los brazos de una condesa brasileña, que el ser llevado á la cárcel y caer en poder de la justicia, como le ha pasado á un verdadero *vice-versa* del afortunado tenor.

Hace algunos meses que la gente policiaca de París se hallaba consagrada á la busca y captura de un tal Carlos Narciso Gras, el cual, no habiendo calculado que en el mundo hay condesas con yate que le dan á uno resuelto el problema de la vida, se había buscado para pasar esta mísera existencia un medio lucrativo y expedito, aunque algo expuesto, como habrá podido convenirse, aunque tardíamente.

Gras se ponía en relaciones con criadas, cocineras, amas de llaves, etc., prometiéndolas, como es natural, un brillante y provechoso casamiento.

Para ello convenían el día y la hora en que ambos depositarían en el Crédito Lyonés cantidades iguales á nombre de Gras. Y las incautas *Menegildas* así lo hacían, sin calcular que al día siguiente iba Gras al establecimiento de crédito y retiraba las sumas depositadas, embolsándose las bonitamente.

De esta manera tan fácil y al alcance de todas las inteligencias el conquistador Gras ha hecho unas cuarenta víctimas en tres años. Se cuenta que á una sola le estafó 10,000 francos y el honor, que no sabemos en cuánto lo tendría tasado. De tres mil y cinco mil francos, honor inclusive, ha habido unas veintitantas.

Pero como no hay dicha ni ventura que dure cien años, una de las estafadas, María Ladjoint, cocinera, mandó detener días pasados á una tal Pilet, que fué á hablarla de parte de Gras. La Pilet no declaró ante la policía nada que pudiera comprometer á Gras, quien fué detenido en una fonda.

El hombre, en uso de su derecho, negó los hechos que se le atribuían, añadiendo que las cantidades retiradas del Crédito eran muy suyas, puesto que á su nombre estaban depositadas. A pesar de ello, el comisario metió en la cárcel al estafador de criadas.

Y con la relación de estos dos casos, que pueden muy bien constituir el anverso y el reverso de la medalla del amor, doy fin á mi crónica de este número.

CONDE VIOLET.



... ADIOS... ¡TRANVÍA!

Julia y Aurora eran inseparables. A un mismo tiempo se escaparon de su casa; en un mismo día dieron la fatal caída; su vida fué análoga desde entonces y no había detalle íntimo en la existencia ó la persona de cada una de ellas, de que la otra no se hallara enterada como de los suyos propios.

Pero como es sabido que la fidelidad entre dos mujeres sólo dura hasta el momento en que entre ellas se interpone un hombre, cuando el Baroncito de la Brunetière, joven crapuloso y rico, se determinó á conquistar el nada invulnerable cuerpo de Julia, comenzaron las disensiones de rigor entre ella y Aurora.

Era una tarde de primavera: los álamos del Bois daban sombra á los elegantes concurrentes al mismo; los carruajes formaban largas hileras indestructibles, y quienes no podían permitirse el lujo de lucir coche propio se contentaban con uno alquilado ó paseaban plebeyamente á pie, contemplan-do tanto esplendor y lujo como se desbordaba por el gran paseo.

De entre todas ellas, no diré yo que sobresalieran, pero sí que llamaban la atención las dos horizontales amigas, muellemente reclinadas en su carretela y luciendo vistosos trajes y sombreros llamativos, en competencia sin duda con las demás compañeras de profesión.

Quiero decir con todo esto que el Bois presentaba un aspecto soberbio cuando las dos amiguitas tropezaron en él, de manos á boca, con el Baroncito de la Brunetière, que montaba gallardamente un larguirucho caballo inglés, y cuando Aurora, con esa falta de urbanidad característica en quien se encuentra por arte de encantamiento en medio de una sociedad que no es la suya, alargó la mano familiarmente, saludando la primera al jinete con su habitual frase: — Adios, rico.

Excusado nos parece añadir que semejante confianza agradó tanto al baroncito como disgustó á Julia, quien reprochó la conducta de su compañera.

— Siempre has de meter la pata. — la dijo.

— ¡Adios, duquesa! — la replicó Aurora. — ¡No parece sino que tienes la exclusiva de los hombres! ¡Vaya!

— Es que á ése no tienes tú ni nadie que llamarle rico.

— Pues le llamaré pobre... ¡Me parece que será lo más apropiado!... Y si no, mendigo... ¡Para lo que da!...

— Envidiosa...

— ¿De ti?... ¡Me haces gracia!... No parece sino que eres una Venus... ¡Si no fuera por el algodón en rama!...

Un terrible abanicazo cruzó la redondita cara de Aurora, armándose ya, con tal ruptura de hostilidades, un escandalazo fenomenal. Ambas amigas, vinieron á las manos, propinándose una respetable paliza, con gran regocijo de los concurrentes al paseo, que en breve formaron inmenso corro á su alrededor, jaleándolas y divirtiéndose con sus dicharachos y aun azuzándolas para que no terminara pronto el gratuito espectáculo.



Julia y Aurora quedaron convertidas en unas lástimas; sus rostros parecían los del *Ecce-Homo*, y los elegantes sombreros y vaporosos trajes que aquella tarde estrenaban, marchitos y destrozados flotaban en jirones, como las banderas gloriosas que vuelven de la guerra.

Cuando las fuerzas físicas de ambas combatientes habían declinado, todavía tenían brío en sus lenguas para continuar insultándose, pregonando interioridades que más las hubiera valido tener ocultos.

Por fin, los gendarmes pusieron paz deshaciendo el corrillo que se había formado de espectadores y haciendo que cada una de las heroínas del espectáculo tomase dirección distinta.

— Ya nos veremos — decía una.

— Cuando quieras... que te arranque el poco pelo que te queda — decía la otra.

— Adios... ostra.

— Adios... ¡tranvía!...

— ¿Has oído, Federico, lo que se han llamado? — pregunté inocentemente á mi compañero de paseo, hombre de mundo y erudito en el *argot* de la gente de vida alegre.

— Y ha tenido mucha gracia.

— Pues no la encuentro... ¿qué relación tiene?...

— Fíjate, hombre, en la cualidad característica de los tranvías...

— No acierto...

— ¡Sí, hombre!.. ¡Que lo mismo los enganchan por detrás que por delante!...

CIENCIA TARDÍA

(CUENTO DE HACE MIL Y PICO DE NOCHES)

Simplicio hacía justicia á su nombre y resultaba el más simple del pueblo, á pesar de lo cual había sabido conquistar la voluntad y el corazón de Felicinda, una de las muchachas más guapas del mismo lugar, y el afecto de los padres de ésta que, á pesar de la ingénita tontería del muchacho, no veían con malos ojos su boda con la chiquilla.

Esta, contra lo que pudiera imaginarse, no era una flor silvestre, sino una flor de estufa, y su naturaleza delicada, no pudiendo combatir con triunfo las pasiones de la vida, empezó á dar muestras de un profundo abatimiento que llegó á revestir caracteres de gravedad suma, que alarmaron y con razón á los amantes padres en primer lugar, al novio en segundo y á todo el pueblo por último.

Nadie se explicaba aquella desgracia, y los galeños de la localidad, lo mismo que los de catorce leguas á la redonda, daban por única causa «la edad crítica» en que se encontraba Felicinda.

Esta, que iba desmejorándose de día en día, llegó á uno en que alarmó verdaderamente á todos los suyos, incluyendo entre ellos al mozarrón de Simplicio, que lloraba á lágrima viva la segura muerte de aquella muchacha, á la que profesaba tan singular cariño y en la que había depositado todas sus ilusiones de hombre. Los afligidos padres, queriendo no regatear por la salud y vida de su hija ningún sacrificio, hicieron que á correo vuelto llegase de Madrid el célebre Dr. Idiotez, quien á cambio de cobrar una regular factura no tuvo inconveniente en acudir al llamamiento.

Desde el primer momento el doctor comprendió la gravedad de la chica y pidió que se celebrara consulta de médicos con todos los del pueblo y sus contornos, por si aquéllos, conociendo como conocían desde niña á la enferma, podían darle alguna luz sobre ella, que le hiciera

ver más claro el género de dolencia que consumía á pasos agigantados á la novia de Simplicio.

Todo fué inútil: los médicos después de varias reuniones sacaron en limpio lo que el negro del sermón, y el Dr. Idiotez sufrió uno de tantos fracasos que cobraba á buen precio para que sin duda, las familias, preocupadas con el abono de la cuenta, no se diesen cabal idea de la ignorancia supina que á cada paso revelaba poseer en alto grado.

Total: que el Dr. Idiotez regresó á Madrid con unos cuantos billetes de Banco más y que Felicinda quedó entregada á la voluntad de Dios, quien no parecía demostrar mucha por la muchacha, á juzgar por los rápidos crecimientos que iba haciendo la enfermedad.

Todo era aflicción en aquella casa; la chicuela se moría y dejaba en el mundo los cariños de hija, hermana y novia. Ya no había remedio.

Simplicio, que en medio de su dolor, sentía hervir su sangre joven, fundiendo en una sola, suprema y profana, todas las ambiciones que le hizo sentir las esculturales y espléndidas formas de Felicinda, se determinó, con esa brutalidad de los sentidos que se sobrepone y domina aun en los momentos más angustiosos, se determinó á pedir á los que deberían ser sus suegros, permiso para velar aquella noche á su novia. Como es natural se lo concedieron, y como ya no es tan

natural, cuando á las altas horas de la noche, todo el mundo, menos Simplicio y Felicinda, descansaba bajo el imperio del sueño, aquéllos, realizando ilusiones que la muerte quería evitar, entonaron un idilio macabro, convirtiéndose en tálamo amoroso el mismo lecho que parecía estar destinado á conceder el último reposo a la desgraciada Felicinda.



La admito de profesora — Sea cualquiera la paga
Con tal de que ella me preste — Para tocar... su guitarra.

Y lo mismo que la planta de claveles seca y agostada por falta de riego resurge á la vida cuando sus raíces reciben el agua bienhechora, así Felicidad, operada en su marchita naturaleza la fecundación que necesitaba para salvarse y vivir, pudo reirse á los pocos días de recetas de médicos y potingues de herbolario.

Todo el mundo, empezando por Simplicio, estaba asombrado de aquel milagro y todo se volvía hacer conjeturas, hasta que completamente repuesta la muchacha y realizados á escape los preparativos de la boda, el novio confesó de plano en qué había estribado la maravillosa curación.

Los padres, ¡claro! viéndo en Simplicio no sólo al salvador de la chica, sino á su próximo marido, le perdonaron la travesura y hasta se la aplaudieron.

Pero Simplicio no estaba completamente satisfecho y gozoso, y algo así como una profunda melancolía embargaba su ser.

Sus futuros suegros, solícitos y campechanos, procuraban animarle, diciéndole:

—Pero hombre, no te aflijas. ¿No vas á ser ya feliz?

A lo que contestó el gran borrico:

— No es eso. Es que si yo llego á saber antes el remedio, ¡cualquier día se muere mi padre!...



¡ELLAS!

Con la viña la mujer
Tiene mucha semejanza:
Como la viña se apoya,
Y como su zumo embriaga.

H. de la Madeleine.

* * *

La falsedad es tan necesaria á las mujeres, como el corsé.

Lemesle.

* * *

A las dos rodillas de una mujer puede aplicarse esta bella máxima política: «la unión constituye la fuerza». En efecto; mientras dos rodillas permanezcan unidas, serán invencibles.

Lemontey.

* * *

La coquetería es un lazo que la vanidad de las mujeres tiende á la vanidad de los hombres.

Bresis.

* * *

La mujer que oculta sus faltas, quiere aún cometer otras.

Grégory.

* * *

El duelo de mujer muerta
Dura siempre... hasta la puerta.



¡Mujer, extraño objeto de dicha y de suplicio,
Altar misterioso en donde el sacrificio
A veces es plegaria, y á veces es blasfemia...!

A. de Musset.

* * *

Basta, á veces, ser amado de una mujer, para
lograr la conquista de muchas otras.

Poincelot.

¡ES TARDE!

Mientras que Mme. Lajustron acababa de desnudarse para meterse en cama, su marido se friccionaba vigorosamente el cráneo, un cráneo límpido, mondo y rosado, reluciente como una bola de billar.

Aquel mismo día había comprado un frasco de una loción regeneradora, un extracto fluido que obra maravillas. Era un agua extraordinaria, capaz de convertir en cepillo un trozo de madera, de arrancar vello al seno del mármol.

— ¡Sí, señor, del mármol!

En vista de tales seguridades, Lajustron no vaciló en desembolsar sus nueve francos y noventa y cinco céntimos, precio del inapreciable talismán, y en esa hora que, bien que tardía, juzgó propicia, locionóse concienzudamente la calavera.

La acción del líquido, al penetrar en el cuero nada cabelludo, le ocasionó una pica-zón súbita.

Maravillado del efecto, exclamó:

— Siento que pica... ¡vaya si pica!; esto marcha. No me han engañado, no; es un remedio infalible...!

Al oírle, Mme. Lajustron que se volvía y revolvía en el lecho con manifiestas señales de impaciencia, encogióse de hombros.

— ¿Qué te has figurado? — le dijo con cierta sorna — ¿que vas á echar cabello?

Lajustron la miró con aire atolondrado, y respondió:

— ¡Que si me lo figuro! Más que esto; tengo la absoluta seguridad de que ya me crece.

Mme. Lajustron lanzó una carcajada.

— ¡Eres un bendito de Dios! — exclamó.

— ¡Bueno!... y tú una grandísima ignorante... Te digo que ya...

— ¡Vamos, hombre!, no seas así. ¿Ahora crees... á tu edad...?

— ¿Cómo... á mi edad?

— ¡Es claro! ¿No comprendes que ya es tarde?

— ¿Tarde...?

— ¡Sí, hombre, sí, muy tarde! — insistió Mme. Lajustron.

Después, suavizando la voz, agregó mimosamente:

— En vez de frotarte la cabeza, mejor harías viniendo á acostarte...

Y suspiró con acento melifluo:

— Arturo, ya sabes lo que me has prometido...

Arturo no se movió. Le habían agraviado profundamente las palabras de su mujer.

Sin embargo, transcurridos algunos minutos, decidió separarse de su frasco, y metióse en cama.

Pero con unos hocicos hasta allí...

Mme. Lajustron quiso desenojarle, y exclamó:

— ¡Vamos, Arturo, chacho mío! ¿No te acuerdas ya qué le has prometido á tu mujercita?

Y le dió un abrazo.

— ¡Ven acá, morrongo mío! ¡no seas malo! ¿Por qué te has puesto así?... porque te he dicho que era ya tarde para echar cabello...? Ah! tonto!, déjalo; si yo te quiero así como eres...! ¿Te figuras que te amo menos pelado así, que melenudo?

El «morrongo» permaneció impasible, sin soltar el rencor. Su mujer le había ofendido... pues peor para ella. Ya podía buscarle el cuerpo, que él...

Sin parar mientes en la desesperación que se apoderó de Mme. Lajustron, volvióse la espalda, sopló la vela, y á los dos minutos asordaba la habitación con sus ronquidos.

* * *

Entregado á Morfeo á pierna suelta, tuvo un sueño sorprendente, fabuloso.

Contemplábase tras quince días de tratamiento, sin que un solo cabello sombrease su venerable calva. Ni siquiera un asomo de vello... nada. La bola lisa y reluciente.

¡Oh desgracia! ¿Le habían, pues, engañado? ¿Era una mofa del industrial tramposo? Aquel agua, reputada infalible, era una solemne engaño. ¡Ira de Dios! ¡Estafas! ¡Miserables!

¡Pero... no! ¡Cielos! ¡qué prodigio! Súbitamente la virtud del remedio se hace visible... su eficacia es ahora pasmosa..., pero no en la cabeza: ¡en las manos...!

* * *

De pronto, una patada magistral saca á Lajustron de su sueño maravilloso.

Y al mismo tiempo una voz indignada le dice con agrio tono:

— ¡Quita allá! Ahora... ¡es tarde!

JUAN LÉGUER.



¡CHITÓN!

LETRILLA



SANTO silencio profeso;
No quiero, amigos, hablar,
Pues vemos que por callar,
A nadie se hizo proceso:
Ya es tiempo de tener seso,
Bailen los otros al son,
¡Chitón!

Que piquen con buen concierto
Al caballo más altivo,
Picadores si está vivo,
Pasteleros si está muerto,
Que con hojaldre cubierto
Nos den un pastel frisón,
¡Chitón!

Que por buscar pareceres
Revuelvan muy desvelados
Los bártulos, los letrados,
Los abades sus mujeres:
Si en los estrados la's vieres,
Que ganan más que el varón,
¡Chitón!

Que trague el otro jumento
Por doncella una sirena
Más catada que colmena,
Más probada que argumento:
Que llame estrecho aposento
Donde se entró de rondón,
¡Chitón!

Que pretenda el maridillo
De puro valiente y bravo,
Ser en una escuadra cabo,
Siendo cabo de cuchillo:
Que le vendan el membrillo,
Que tirarle era razón,
¡Chitón!

Que duelos nunca le falten
Al sastre que chupan brujas.
Que le falten las agujas,
Y á su mujer se le salten:
Que sus dedales esmalten
Un doblón y otro doblón,
¡Chitón!

Que el letrado venga á ser
Ricó con su mujer bella;
Más por buen parecer de ella,
Que por su buen parecer;
Y que por bien parecer
Traiga barba de cabrón,
¡Chitón!

Que tonos á sus galanes.
Cante Juanilla estafando,
Porque ya piden cantando
Las niñas, como alemanes:
Que en tono haciendo ademanes,
Pidan sin ton, ni sin son,
¡Chitón!

Mujer hay en el lugar,
Que á mil coches, por gozallos,
Echará cuatro caballos,
Que los sabe bien echar:
Yo sé quien manda salar
Su coche como jamón,
¡Chitón!

Que pida una y otra vez,
Fingiendo virgèn el alma,
La tierna doncella palma,
Y es dátíl su doncellez:
Y que lo apruebe el juez,
Por la sangre de un pichón,
¡Chitón!

QUEVEDO.





DULCES RECUERDOS.



Luce una rosa en el pelo
Y también Rosa se llama.

¡Ay! ¡Quién tuviera permiso
Para poder deshojarlas!...

LOS PADRES DE LA HORIZONTAL

—¿Oyes, Fermín? Yo hubiese escrito, y Tonieta nos habría aguardado en la estación.

—¡Bah! Ya tenemos la dirección de la chica.

—Pero... ¡entrar en casa de aquel caballero y aquella señora sin conocerlos! ¿ya lo has pensado? Los amos van á decir que somos unos desfachatados!

—¡No acabarás con tus miedos! Déjate de repulgos. Abrazamos á la chica, y Cristo con todos!

—Verás cómo hacemos una patochada.

Y mientras el tren rodaba á través de floridas colinas.

doradas mieses y corrientes que parecían incendiadas al reverberar los fuegos del astro diurno, dos viejos campesinos, el tío Fermín y la tía Juana Bigassou, apretándose uno contra otro en el banco de un vagón de tercera, cambiaban en su dialecto frases á menudo entrecortadas por las emociones del viaje y por los temores de la recepción, de que no se libraba la lugareña.

Venían de las hondonadas del Limousin, del lugar de las Bordas, para visitar la Exposición.

Con el rostro negrozco, huesudo y afeitado, curvo el espinazo de labrar el terruño, el tío Fermín se había

calado un ancho castoreño de fieltro oscuro, y por encima de una chaqueta y pantalón de lana gris se echó la blusa azul, sin la cual no hubiera andado tres pasos. Habíase lavado muy cuidadosamente las gruesas y callosas manos en que la hoz y demás herramientas de labranza dibujaron cicatrices, y no parecía ni muy sufrido ni de apacible carácter, pese á la inclinación del torso y á lo humilde y servil de su mirada.

Más alta que su marido, y como él enjuta y de rostro cetrino, envuelta en una larga capa lemosina cuyo doblado capuchón dejaba visible un gorro de lienzo rígido como una mitra, la mujer apretaba entre sus rodillas un inmenso paraguas de roja contonada y no soltaba de las manos varios paquetes y un cesto con volatería.

En este momento permanecían graves y ensimismados, y en medio de los túneles, cuando sólo disipa las tinieblas la intermitente luz del techo del vagón, aquellas facies terrosas destacaban vigorosamente, evocando los

retratos de Ribot con la majestad y el soberano poderío de las sombras acumuladas.

Buena gente aunque pobre los Bigassou. Colonos de padre á hijo y siervos desde varias generaciones en la tierra de las Bordas, agobiados de hijos, recibían de muy buen grado los socorros que de vez en cuando les mandaba la hija mayor, la Parisián, como á veces la llamaban. Creíanla colocada en una excelente casa, y no hubieran aceptado jamás el dinero de una descarriada, pues el tío Fermín solía declarar que mejor quisiera ver

muerta á Tonieta, que llevando una vida airada... No consentiría que su hija fuese «una lumia».

Este viaje no les costaba nada á los viejos. Antonieta acababa de mandar una libranza, y en la carta acompañatoria insistía en que la familia le anunciase el día y hora de su llegada. Sabiéndolo, iría á recibir á sus padres, les alojaría en un hotel y correría con los gastos. Pero el tío Fermín deseó aprovechar las rebajas de precios, tan ventajosas en un tren de recreo, y partieron en seguida.

A las cinco de la tarde, los Bigassou se apearon en la estación de Orleans, y, habituados á trasladarse

á los mercados lejanos sin caballería y con la carga en los hombros, provistos de sus bagajes y especialmente de la cesta de volatería, hicieron á pie el camino hasta la calle de Constantinopla.

El lugareño preguntó:

—¿Tonieta Bigassou?

—Aquí no vive—gruñó la conserje mirando de alto abajo al viejo palurdo.

—Tonieta Bigassou, de las Bordas, la criada de los señores...

—¿Qué señores?

Juana y Fermín ignoraban el nombre de los amos de su hija, y la conserje por casualidad recordó que, bajo el pseudónimo de *Bigassou*, la señorita D.^{na} Antonieta de las Bordas, su mejor inquilina, había recibido cartas de provincias.

—¿Buscan ustedes á doña Antonieta de las Bordas?

—Sí—respondieron ambos;—es de las Bordas.



—¿Y usted es su madre?

—Sí, señora.

—¿Y usted el padre?

Bigassou hizo una reverencia y exclamó:

—¿La señora está contenta de la chica?

—¿Qué señora?

—La de la casa donde está Tonieta.

—Ah! esos son asuntos que no me conciernen... Llamen ustedes al principal, la puerta del medio...

Los lugareños subieron lentamente los escalones, y Juana llamó, después de haberse quitado los zuecos.

Abrió la puerta una sirviente joven y elegante.

—¿Qué desean ustedes?

—Tonieta, señora. Somos los padres de Tonieta.

—¿De la señorita Antonietta?

—Sí, señora.

La tía Juana no cesaba de inclinarse, y su marido, con las canosas greñas al aire, no sabía qué hacerse con el sombrero.

Informada de la visita la horizontal, una morena de ojos negros aterciopelados, de húmedos labios rojos y cutis rosado y terso, se puso temblorosa. Conocía las brusquedades de su padre, su aversión y menosprecio de las mujeres de vida equívoca... de las «lumias»; seguramente quería golpear... matarla, si adivinaba el secreto de la falsa criada. Y con todo, á su terror mezclábase el deseo de abrazar y de festejar á los viejos, á quienes amaba tiernamente.

Saliendo de su indecisión, quitóse la joven el elegante peinador que realzaba la belleza de sus formas, y se puso una bata sencillísima.

—Malvina, dame un delantal; tú eres la señora, y yo, la criada.

—La señora se chancea...!

—No lo creas. Dame, pronto!

Con delantal blanco y el aire modesto, la horizontal arrojóse en brazos de los aldeanos:

—Los amos me autorizan para servirlos un excelente almuerzo. Comeremos en la cocina y luego os llevaré al mejor hotel.

Pusiéronse á la mesa, y la Parisiën, contentísima con su comedia de virtud, medio se olvidaba de sus extravíos bajo la honrada mirada de los ancianos. Estaba rejuvenecida, purificada, santificada. Invadía una deliciosa embriaguez. Sus padres, sus amados padres, modelos de honor, de laboriosidad, no tendrían que avergonzarse de la meretriz; nunca el dinero de la capital despertaría sospechas en la aldea de las Bordas.

Antonietta preguntaba una y otra vez con interés verdadero por sus hermanos y hermanitas, por los vecinos, los bueyes, los carneros... Los Bigassou mirábanla extasiados, y la encontraban hermosísima, hechicera, soberbia.

De sobremesa, el tío Fermín, algo achispado, se empeñó en que había de dar gracias á la señora de Antonietta, ofreciéndole un par de pollos; y Malvina, en traje de recepción, acogió el presente y las demostraciones de gratitud con mucho tacto y reserva.

Deslumbrados por la magnificencia de los pasillos de la escalera, regocijadísimos del opíparo banquete en que no soñaran nunca, los Bigassou descendían, seguidos de su hija, los alfombrados peldaños, cuando se cruzaron en el primer rellano con un

caballero bien trajeado y corpulento, uno de los varios amantes de Antonietta.

—Es el amo, el esposo de la señora—gimió la horizontal nuevamente temerosa de las paternaes iras.

El tío Fermín quitóse con presteza el sombrero y preguntó humildemente al desconocido:

—¿Y usted, señor, tampoco tiene queja de Tonieta?

—¿Quejas de Tonie...? No... estoy contentísimo de ella—balbuceó el interrogado.

Los Bigassou salieron, y como llegasen á un hotel bien amueblado, el viejo se volvió hacia la muchacha y preguntóle:

—¿Tendrá buena guita tu amo, eh?

—¡Oh sí; es riquísimo!

—Buena casa... buena casa...

Y acercándose al oído de la joven, guiñando con malicia un ojo, volvió á preguntarle:

—¿Te entiendes con él?

—¿Yo? No... no... Le juro...

—¡Pues haces mal, tonta!

—Antes decía usted que las rameritas...

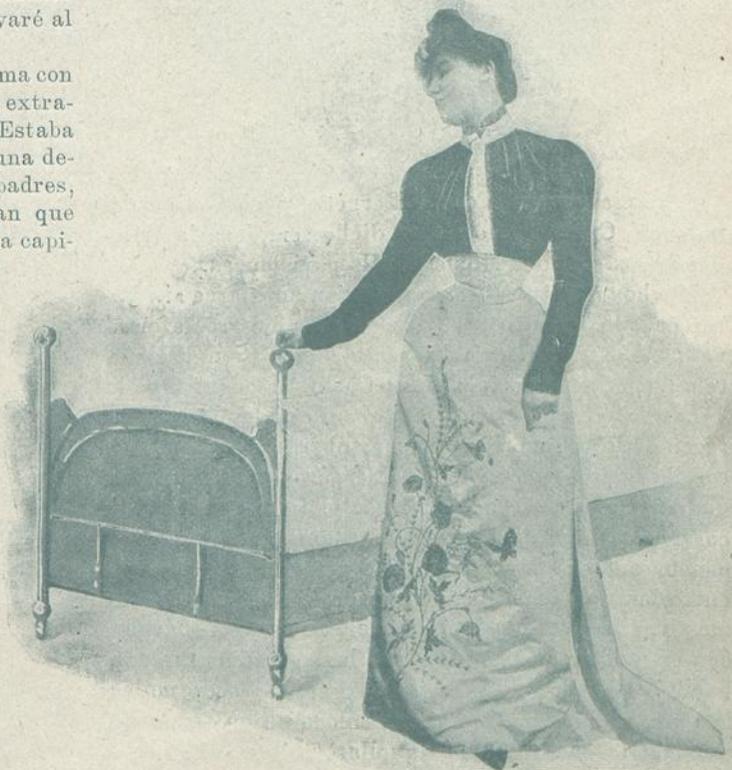
—Es verdad, las mozas de burdel... las lumias...; pero cuando se está en una buena casa... ¡haces mal, chica..! Piensa en la hucha. ¿Verdad, mujer?

La vieja terminó friamente:

—No sabemos nunca lo que puede suceder. Vale más inspirar envidia que compasión. ¡Cuántas quisieran entenderse con el señor! ¡No pierdas la ocasión..!

... La corrompida de París, de Sodoma y de Gomorra quedóse profundamente absorta, dibujóse en su fresco rostro una expresión de disgusto soberano, y dejando á los bellacos viejos en medio de la calle, emprendió la fuga.

DUBUT DE LAFOREST.



LOS PLACERES DE PARIS

EL "OLYMPIA"



Pero entremos. Franqueadas las puertas revestidas de cuero, el golpe de vista es delicioso, el decorado alegre y risueño, azul y oro como el sueño de una jovencita. Las alfombras semejan un lecho de musgo que apaga el rumor de las pisadas, y el lozano verdor de las avenidas constelado de flores parece indicar que en aquella mansión reina perpetua primavera. Decoran los palcos ricas *peluches* azul y oro, y los de proscenio suspendidos como inmensas canastillas, rebosan flores también, pero flores vivas, flores de palpitantes carnes, flores de rojos labios, prestas siempre á entreabrirse á los rumores blandos de los besos.

En este marco espléndido, entre el júbilo y la claridad de esta elegante decoración donde llueve la luz, el espectáculo tiene algo de suntuoso como el siglo de Luis XIV y mucho de elegante como el reinado de Luis XV.

Falta hacia esta riqueza y esplendor para hacer de Olympia el verdadero santuario de ese arte hechicero de la danza, al cual la nueva dirección de los hermanos Isola ha consagrado voluptuoso culto. Los señores Isola gastan á todo rumbo ¿Qué representan 25,000 francos mensuales con tal que su cuerpo de baile sea joven y seductor?

Así ¡qué lujuriosa florescencia de lindísimas muje-

Olympia es el Folies-Bergère y el Casino del boulevard. Completa, ó mejor dicho, empieza la trilogía de los grandes Musics-Halls parisienses.

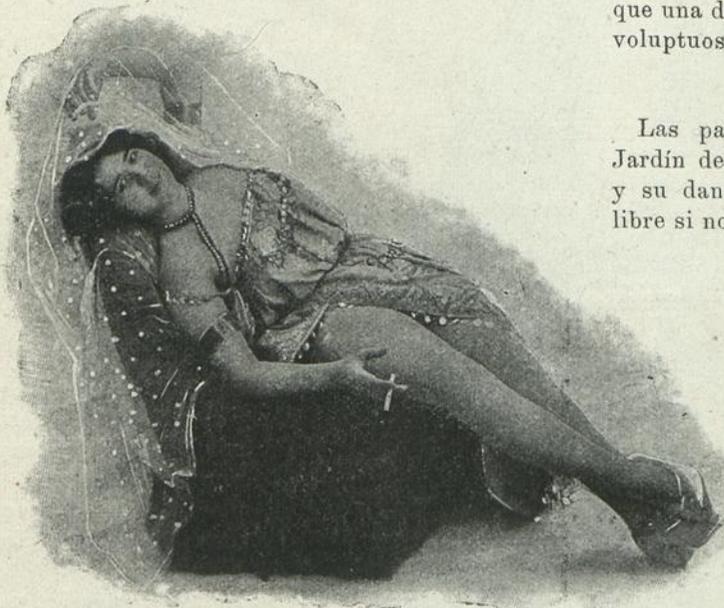
Muchos *boulevardiers* no sabrían acostarse sin haber pasado un rato de solaz en esos lugares afortunados. Los tres tienen diferente aspecto y una clientela femenina especial: en el Casino la constituye la «guardia veterana», las mujeres formales ó que parecen serlo, y que reinan como soberanas en los palcos de anfiteatro; en Folies-Bergère la forman verdaderas *bergères*, pastorcillas que triscan buscando corderos siempre aparejados al esquileo; las mujeres concurrentes á Olympia, son como una «transición» entre las dos «familias» anteriores. Son gatitas domésticas, suaves como algodones, que se os refriegan con tiernos maullidos para que las pongáis ante una bandeja de dulces... y luego apaguéis la sed que les han producido. No hay como colocarse en torno de una mesita para realizar aquellas fáciles «alianzas» y «uniones» que los anuncios del *Journal* suelen preconizar á diario.



res en aquella escena, que hoy es la primera del mundo! La *Danza* se revela allí con toda su gracia sugestiva, en toda su belleza, perfección de formas y de líneas, evocando la agilidad del pájaro y la ligereza de la mariposa.

En Olympia se encuentran infinidad de atractivos, y algunos de ellos, como el *Lever* y el *Coucher de la Parisienne* tienen celebridad universal. En el *bar*, instalado en los sótanos, se reúnen diariamente todos los *soupeurs* y *soupeuses* de París.

EL JARDIN DE PARIS



que una danza del Oriente, sensaciones muellemente voluptuosas.

* * *

Las parisienses que dan universal renombre al Jardín de París bailan sobre todo con sus piernas, y su danza parecería á buen seguro descarada y libre si no fuese al mismo tiempo expresión del arte y de la gracia.

Algunas veces acude al Jardín de París alguna de las celebridades del Moulin-Rouge: *Grille d'Egout*, *Clair de Lune*, *La Torpille*, *La Japonesa*, *Fil d'Argent*, *Fil de Fer*, *Juana Beaunichon*, *Nini Patte-en-l'Air*, *Irene* (danzante griega), *Pomponette*, *Gigolette*, *Cendrillon*, etc., y también el famoso bailarín *Valentin el Desosado*.

* * *

Los Campos Eliseos son el centro de todas las «atracciones» de verano: al lado del Teatro Marigny, una verdadera y lindísima *bombonnière*, soberbiamente decorada, se alzan los cafés-concierto, y junto á éstos, los salones de baile!

El Jardín de París ha reemplazado á Mabilie que fué el triunfo de la *Gaité* parisiense y universal, el santuario del «cancán», vulgarmente llamado hoy «chahut».

Oller, el creador de tantos divertimientos parisienses, Oller, el mágico, ha sabido convertir su *Jardín de París* en un *paraíso abreviado*.

En su recinto se pasean y danzan para regocijo de la vista, las más elegantes y hermosas hijas de Eva del mundo.

Bajo la dirección del gran maestro de espectáculos, este Jardín brilla con todo el esplendor que alcanzó el Mabilie de feliz memoria, y goza además de las maravillosas proyecciones de la electricidad, de verdes y espesas frondas radiantemente iluminadas, y de las guirnaldas y girándulas de fuego, que dan á este decorado, único en París, un aspecto de fiesta monumental y fantástica.

Alrededor del magnífico Kiosco donde ensordece una orquesta de 50 músicos, las reinas de la danza revelan á los extranjeros todas las actitudes, todas las *poses*, todas las fantasías y audacias del «cancán» parisiense.

Es un sabio acrobatismo que despierta, lo mismo



ALCAZAR D'ÉTÉ. — LES AMBASSADEURS

El Alcázar y Los Embajadores, tan contiguos que se tocan, son los dos hermanos Siameses del Café-concierto. Ambos rivalizan para atraer el público, ofreciéndole números sensacionales.

Cuando en París es insufrible la temperatura, aun de noche, no se halla sitio más fresco que los Campos Eliseos, donde los regadores municipales mantienen perfectamente agradable el ambiente.

En El Alcázar, lo mismo que en Los Embajadores, las refinadas *toilettes* de las *chanteuses* comunican voluptuosa gracia al espectáculo, dándole una elegancia del todo parisiense y seductora.

* * *

A los conciertos que se dan en Los Embajadores concurre el verano todo el París... que no veranea. Al llegar la noche, la frescura es allí también sumamente deliciosa bajo los grandes árboles iluminados *à giorno*. Créese uno transportado á un parque inmenso, invitado á una fiesta régia.

* * *

Todas las *estrellas* del canto desfilan por el Café de Los Embajadores; no hay cantante de renombre que deje de pisar su escena. Es un delicioso rincón

de verano, muy parisiense, un rincón de París más que alegre, deleitoso.



LA SCALA

En ese alegre bulevar de Estrasburgo, cercano á los de St-Martin y St-Denis, que cuenta tantos cafés y cervecerías, unos con orquesta, otros con cantantes y *divettes*, casi en frente de Eldorado, rival suyo, está la Scala.

La sala, magníficamente restaurada, muy elegante ahora con su decoración oro y blanco, tiene un aspecto alegre y risueño con sus órdenes de galerías superiores y sus palcos de platea descubiertos, donde se instalan soberbiamente ataviadas, cubiertas de encajes y de sedas, las *demi-mondaines* de alto bordo.

La escena es lindísima, las decoraciones espléndidas: no es posible imaginar nada más fresco, encantador ni sugestivo que aquella variedad de trajes, que á me-

nudo no lo son, y por cuyo medio se exhibe artísticamente la mejor colección de torneadas piernas de París.

La Scala es un teatro de mujeres, y en sus representaciones sólo figura el elemento femenino poniendo en escena revistas en que no escasean los lujosos trajes, y donde desfila el gracioso batallón de Citera entregándose á escaramuzas con los monóculos y los gemelos de los palcos.

EPIGRAMAS

La viuda de Antón Juanelo
A quien un toro mató,
Tal la pobre se affigió,
Que en nada hallaba consuelo.
— ¡No puedo dar al olvido —
Decía — á quien tanto lloro!
Cada vez que veo un toro,
Me acuerdo de mi marido.

* * *

Clara profesora es
De español y de francés,

Italiano, turco y godó...
Dicen que lo enseña todo
Por cinco duros al mes.

* * *

Un muchacho hizo unos versos
Y los mandó por dos veces
A un periódico, diciendo
A redactores y jefe:
— Adjunto va esa poesía,
A ver lo que les parece;
Si encuentran alguna falta,
Pueden tocármela ustedes.

QUINCENA TEATRAL

CARTAS Á MARGARITA

Inolvidable amiga: Si, como me dices, piensas venir á pasar unos cuantos días á Barcelona, nunca mejor ocasión que la presente, en que por lo menos tendrás unos cuantos sitios donde lucir tu garbo, y quien sabe si ha-ta ocasión de hacer alguna conquista provechosa.

Estamos en plena temporada teatral, merced á las compañías tráfugas de Madrid que anualmente paran su vuelo durante un par de meses en la hermosa ciudad Condal.

Hace pocos días, y en uno mismo, se inauguraron las temporadas de las compañías del teatro Español, que ocupa Eldorado y del de la Comedia de Madrid que actúa en Novedades.

Ya habrás leído en los periódicos que las representaciones de *Electra* han dado ocasión á múltiples y variadas manifestaciones... políticas, lo cual, ó estoy de lógica á la altura de una zapatilla, no debe agradar mucho al insigne literato Pérez Galdós, á quien unos y otros toman por pretexto para dar rienda suelta á sus expansiones clericales ó anticlericales.

Creo firmemente que si el estreno de *Electra* no hubiera coincidido con aquel famoso jaleo de la señorita Ubao, el éxito hubiera sido muy mediano, y que me perdonen Lerroux y demás compañeros de República que han de librarnos de todos los Pantojas habidos y por haber. Yo te confieso, con la ingenuidad que me caracteriza, que no sé encontrar relación alguna entre el himno de Riego y la Marsellesa y un drama que queriendo sentar plaza de humano y real, resulta de lo más romántico que se ha visto rodando por los escenarios españoles.

Por lo demás, las manifestaciones que sugiere *Electra* en Barcelona son muy relativas. La noche del estreno la expectación contribuyó mucho á llenar el teatro; en las noches sucesivas el éxito ha sido mucho menor. Se comprende. A la mayoría del público le agrada asistir al teatro á pasar un buen rato, á distraerse, á lucirse, á esparcir el ánimo y no á exponerse á que pueda entrar la policía á dar un disgusto.

Yo estoy aún aturdida de los vivas y muertas que daban al pobre Donato Giménez cada vez que salía á aconsejar á *Electra* que no quisiera á Máximo.

En cambio, los viernes y lunes en particular, se pasa deliciosamente en Novedades. Son los días de moda y allí nos reunimos lo más selecto de la Gili, como dicen

en *La Gran Via*. La compañía que dirige Paco García Ortega es muy completa, igual y notable, y el repertorio que interpreta del que gusta á todo el respetable pública, que es, me parece, á lo que debe tender toda empresa que del público quiere vivir.

Lo que hasta ahora ha resultado un fiasco ha sido la titulada Compañía de Varietés de Folies-Bergère, que á lo sumo podría pasar, como tal compañía, en las renombradas ferias de Vitigudino. Esto no quiere decir que no cuente la *troupe* con algunos elementos importantes; pero á juicio de los inteligentes, «falta mujerío».

Ahora dicen se arreglará y completará.

El Tivoli ha continuado su campaña valencianista, y á juzgar por el número de funciones de beneficio que en él se han celebrado, cada artista ha debido tener por lo menos dos beneficios cada semana. De todos modos, no puede quejarse la simpática compañía del resultado de la temporada, pues aparte de los beneficios que haya podido obtener, que en eso no he de meterme, la honra ganada ha de animarla seguramente á repetir la suerte.

Supongo habrás sabido que tenemos de huéspedes al Príncipe Colibrí y las hermanas Radica-Doodica.

El príncipe es el hombre, vamos al decir, más pequeño del mundo. Mide 58 centímetros de altura, pesa siete libras y su aspecto exterior es el de un mico puesto de pie.

Las hermanas Radica-Doodica, son de procedencia india y están unidas entre sí por un costado, conservando libres cada cual los movimientos de piernas y brazos. Resultan bastante agraciadas, y tanto el Príncipe como ellas serán, sin duda, objeto de estudios por parte de los hombres de ciencia.

También tenemos en el saloncito de los Quatre Gat, á las lindas hermanitas Koklins, artistas en miniatura que cantan, bailan, declaman y hacen en suma todo cuanto puede exigirse á cualquier diva de café concierto. Son muy aplaudidas en justicia, y Pere Romeu puede estar satisfecho de la adquisición, pues su café se ve con tal motivo muy concurrido.

Como ves, no faltan ahora motivos para distraerse en Barcelona.

Lo único que falta es dinero. Bien que eso ocurre en todas partes. Tuya

DEMI-VIERGE.

IMP. HENRICH Y COMP. S. — BARCELONA



ANITA PONS. — Baile y Canto.
Conciertos de París, Londres y San Petersburgo.

Nuestro próximo Número se dedicará especialmente á asuntos de Verano

Revista quincenal ilustrada
con fotografías del natural

20 cént. número

PARIS ALEGRE

Admon.: Librería francesa
Rambla del Centro 8 y 10

BARCELONA

Para los anuncios en esta Revista, dirigirse a todas las Agencias de publicidad y a esta Administración:
Rambla del Centro, 8 y 10, Barcelona

SALUD Y HERMOSURA DE LA BOCA
MENTHOLINA DENTIFERICA
REPARACIONES EN TODA CLASE DE INSTRUMENTOS DE LENGÜETERIA

GLICEROFOSFATO DE CAL GRANULAR MIRALLES
TÓNICO RECONSTITUYENTE ANTINEURASTÉMICO

¡NO MAS CANAS!
TÓNICO HABANERO
PAPILLOS ANTIDISENTERICOS
DIGESTIVO GARDANO

ENOLATURO ZARZA-COSTAS
Dopurativo de la Sangre

FÁBRICA DE ACORDEONES
DE MIGUEL MESTRE

REPARACIONES EN TODA CLASE DE INSTRUMENTOS DE LENGÜETERIA

Riera Alta, 18. — BARCELONA
Sucursal: Providencia, 14, 1.º, 2.ª, Gracia

LIBRERÍA FRANCESA

8 y 10, Rambla Centro
BARCELONA

GRAN SURTIDO DE TARJETAS POSTALES ILUSTRADAS

Nacionales y Extranjeras

EN VENTA:

EMILE ZOLA

LE TRAVAIL

Edición francesa 4'50 pts
Franco correo Certificado . 5 »

Se admiten sellos de Correo ó Giro Mutuo.

Administración PARÍS ALEGRE:
8 y 10, Rambla del Centro.
BARCELONA

¿Quiere V. hacer un buen regalo a su novia?

Compre una caja de **POLVOS IMPERIALES**

Son los mejores que existen para conservar la FRESCURA Y BELLEZA DEL CUTIS. Evitan la formación de arrugas prematuras, y preservan de granos, barros y erupciones de la piel.

PERFUME DELICIOSO FINOS Y ADHERENTES

10 reales caja en el Depósito Central:
Plaza del Pino, 6, farmacia BARCELONA

Por correo certificado, 14 reales.

AGUA DE COLONIA VIRGINAL



Las plantas frescas que empleamos en su preparación la recomiendan para la higiene de la vista: litro, 6 pesetas.

FARMACIA DE TORRES MUÑOZ
SAN BARTOLOMÉ, 7

ÚLTIMA PALABRA DE LA CIENCIA
LO MEJOR PARA EL CABELLO

LOCION **VIOLET-QUINA**

EXTRACTO VEGETAL. M. CASALS
Higiene, Asepsia y Antiseptia de la Cabeza.

HERMOSEA, conserva y vigoriza el cabello. DETIENE su caída y promueve su crecimiento. IMPIDE la calvicie y canicie prematura.

VENTA: En todas las Farmacias, Perfumerías, Droguerías, Peluquerías y Bazares. FRASCO: 3 ptas
Por mayor: V. Ferrer y C.ª; Vidal y Ribas; L. Gaza; S. Banús; Lafont; Dr. Andreu y Cebrián y C.ª, Barcelona. — G. García y Martín y C.ª, Madrid.

DEL MISMO AUTOR **THYMOL-CASALS**

El mejor Dentifrico y Antiséptico.

Premios Exposición PARÍS 1900 (único concedido), y IX Congreso Internacional de Higiene, Madrid.

BELLEZA DE LOS PECHOS

CON LAS **PILULES ORIENTALES**

del Dr. RATIÉ, 5, Pasaje Verdeau, 5, París
Únicas que en 2 meses sin perjudicar la salud, dan al seno la exuberancia y tersura deseadas. Frasco con instrucciones 7 pesetas. Se remiten por correo enviando 7'50 pesetas en libranza ó sellos, á Cebrián y C.ª, Puertaferriera, 18, Barcelona.



Premio «RENUNCIADO» en la Exposición Universal de París de 1900.

CURACION CIERTA DE LAS ENFERMEDADES URINARIAS

SANTALOL SOL

NUEVO MEDICAMENTO MUCHISIMO MAS ACTIVO QUE EL SÁNDALO

Depósito: Farmacia Sol, Cortes, 226 (frente Universidad), BARCELONA

NO SE ADMITEN ORIGINALES

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD